

Antonio López Vega (ed.), *Epistolario inédito. Marañón, Ortega, Unamuno*, Madrid, Espasa Calpe, 2008.

La reciente edición del epistolario cruzado entre, por una parte, Gregorio Marañón y, por otra, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset, constituye una excelente ocasión para revisar, con fuentes de primera mano, la actitud que tres de los más relevantes intelectuales de la primera mitad del siglo xx español mostraron ante los problemas y acontecimientos de la época que les correspondió vivir. Las cartas que ahora publica Antonio López Vega, introducidas y anotadas con sobriedad y precisión, están datadas entre febrero de 1916 (cuando Ortega redactó unas breves líneas de agradecimiento a Marañón por haberse suscrito a «El Espectador») y marzo de 1951 (un telegrama de felicitación enviado por Marañón a Ortega desde Lisboa). Desde el punto de vista documental, la correspondencia cruzada entre Marañón y Ortega es la más cuantiosa (el libro recoge 44 cartas remitidas por Ortega a Marañón y 45 por Marañón a Ortega) y probablemente la más sustanciosa para el investigador. A través de ella es posible, sobre todo, seguir los principales avatares de la relación entre ambos: la afinidad cortés —aunque fría— de los primeros tiempos, cuando sus respectivas familias se hallaban en trincheras diferentes en las batallas libradas por las principales empresas periodísticas del Madrid de la Restauración; su acercamiento a partir del 1925, una vez que Ortega abandonó su retraimiento inicial ante la Dictadura de Primo de Rivera y se sumó a la lucha de los intelectuales contra el dictador; los años

de muy estrecha colaboración —junto con Pérez de Ayala— en la «Agrupación al Servicio de la República» y de su temprano y común alejamiento del régimen republicano; el desgarramiento del inicio de la Guerra Civil y su evolución desde el forzado apoyo al gobierno republicano al exilio en París y la posterior adhesión al bando de Franco; en fin, los tiempos del franquismo, en los que Marañón recuperó un notable protagonismo público al que Ortega en parte renunció y que en parte tuvo vedado.

El epistolario entre Marañón y Unamuno es menos abundante y comprende 35 cartas de Marañón (custodiadas en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca) y sólo una firmada por don Miguel, salvada de las muchas que sin duda se perdieron durante la Guerra Civil. Como señala Antonio López Vega en su introducción, esta correspondencia demuestra, contra lo que habitualmente sostiene la historiografía, que suele situar a Marañón, sin más matices, en el círculo orteguiano, que Unamuno ejerció también una importante influencia sobre él, anterior a la de Ortega y durante algunos años más intensa. En lo que Vicente Cacho llamó la «pugna por el liderazgo intergeneracional» entre Unamuno y Ortega, don Miguel ocupó, a los ojos de Marañón, la primacía al menos hasta el año 1925. Las 17 cartas que Marañón remite a Unamuno entre 1921 y 1925, en las que a menudo el médico proporciona al catedrático de Salamanca munición —«pedras»— para su campaña contra Alfonso XIII —«botarate educado entre faldas y sotanas y recriado con los más eminentes tiradores de pichón», dice Marañón—, son testimonio no sólo de una extraordinaria sintonía ante la situación de la España

de la época, sino también de una encendida admiración de Marañón por el magisterio unamuniano: usted es «lo más alto que se ve de la España lejana», le dice el 11 de agosto de 1921 desde Saint-Malo, o «su retrato está en lugar preferente de mi despacho, para que el mundo lo vea, como al de un padre, que lo es Vd. de todos», le escribe a comienzos del 1924. La común oposición a la dictadura de Primo de Rivera, frontal y desde el mismo inicio del régimen, a diferencia de lo que sucedió en otros muchos casos, constituye el momento de mayor proximidad entre los dos intelectuales: de hecho, el destierro unamuniano tuvo su correlato, en el caso de Marañón, en la prisión que sufrió durante un mes, en el verano de 1926, en la Cárcel Modelo de Madrid, así como en una elevadísima multa de 100.000 ptas., penas que le fueron impuestas tras acusársele de participar en la conspiración contra el dictador conocida como «la sanjuanada».

En esa misma época, sin embargo, la correspondencia apunta hacia un progresivo alejamiento de Marañón del ascendiente de don Miguel y a su próxima incorporación a la órbita de Ortega. Unamuno, al parecer, reprochó

a Marañón su participación en la posible formación de un partido político, nucleado en torno a círculos orteguianos y que sería tolerado por la dictadura. Marañón desmintió tales rumores, pero suponiendo que lo que molestaba a Unamuno era su acercamiento a Ortega, quien en esas fechas comenzaba a manifestarse también explícitamente contra el régimen militar. De hecho, en los últimos años de la Dictadura, mientras se iba trabando la creación de la «Agrupación al Servicio de la República», las comunicaciones de Marañón con Unamuno fueron haciéndose menos frecuentes —las cartas que edita López Vega son también más breves, aunque siempre cordiales— y las que mantuvieron don Gregorio y Ortega cada vez más habituales y estrechas.

Estamos, en definitiva, ante una publicación de gran interés, capaz de ofrecernos nuevas perspectivas para la historia intelectual española del primer tercio del siglo xx, y que también será de provecho para los especialistas en la vida y la obra unamunianas.

Mariano Esteban de Vega.